Año 1962

LOS GITANOS DE JEREZ EN LA

HISTORIA DEL FLAMENCO

Conferencia por Juan de la Plata, leída en
el IV Curso de Arte Flamenco de Jerez

Cuando yo publiqué mi libro sobre los "Flamencos de Jerez", en 1961, ya anunciaba en la solapa del mismo mi propósito de escribir una "Historia de los Gitanos en Jerez".

Por entonces, ya llevaba yo algún tiempo recopilando materiales en archivos y bibliotecas, para publicar tan pronto pudiera un libro que siempre me ha ilusionado mucho. Vana ilusión la mía, porque,después, el tiempo no me ha dejado. Primero, porque cuanto más avanzaba en mis investigaciones, más se me iba agrandando el tema entre las manos, al encontrarme con una serie extraordinaria de datos de incalculable valor histórico. Segundo, porque cada día que iba pasando, por mis muchas ocupaciones, en la Prensa, en la oficina o en la Radio, cada vez disponía de menos tiempo, para poder meterme, por ejemplo, en ese riquísimo y bien conservado Archivo Municipal, donde Jerez tiene celosamente guardados los tesoros de su Historia.

Por otra parte, a mí me interesaba mucho --y me sigue interesando,aún--, lo que pudiera recoger de tradición oral, sobre costumbres, ritos, vocabulario, oraciones, bailes y cantes ya desaparecidos de los gitanos jerezanos. El trabajo se me presentaba abrumador y, además, muy interesante para dejarlo, así es que lo tomé con mucha calma y deseché la publicación inmediata de aquel libro sobre los gitanos de Jerez y su historia, ya que, a mayor abundancia de datos, tiempo habría en el futuro para poder editar el gran libro que mis queridos amigos los gitanos se merecen por muchas poderosas y afectivas razones.

Llevo seis años recopilando material,rigurosamente histórico,para mi libro "Historia de los Gitanos en Jerez". Ese gran cartapacio de datos es el que hoy me ha servido para hilvanar estas cuartillas sobre los gitanos jerezanos, en la historia del flamenco.

Mi conferencia va a ser muy poco literaria. En ella abundarán más los datos históricos que lo puramente anecdótico. El tema es hermoso y lo he tratado con el cariño que siempre me han inspirados los gitanos. No porque sean más o menos buenos artistas flamencos, ni porque sean más o menos amigos del chiste y la gracia de buena ley, sino porque los gitanos de Jerez, a los que he defendido siempre, son unos señores a los que hay que tratar de igual a igual, para darse cuenta de la enorme y fabulosa carga de humanidad que atesoran.

El gitano de Jerez está muy por encima de los demás gitanos del mundo. No se pueden comparar siquiera con ellos, esos otros que van chalaneando por los pueblos, los canasteros que van de feria en feria, ni los que esquilan borricos, o venden tela, o trabajan como saltimbanquis por las plazas andaluzas.

Los gitanos de Jerez, son otra cosa. Son los mas civilizados de este mundo. Ellos guardan nuestras mismas costumbres y respetan nuestras mismas leyes. Y, además, trabajan, que es una cosa muy difícil de conseguir en los demás gitanos del globo.

Yo los conozco bien. Y puedo aseguraros que, conmigo, siempre han tenido atenciones. La mayor de todas ha sido tratarme y considerarme como a uno de ellos. Esto, para mí, que soy un hombre que sé apreciar en lo que vale cualquier pequeña deferencia, me ha llenado siempre de orgullo. Y, os lo garantizo, eso que dicen de que los gitanos son falsos y que el que no la dá a la "entrá", la dá "a la salía", es puro camelo, leyenda negra de los que nunca han querido nada con ellos, por vaya Vd. a saber que éstúpidas aprensiones.

Si a Vdes. les ofrece un gitano de Jerez su casa, si comparte con vosotros su plato de comida, si os invita generosamente a una de sus fiestas de familia, podeis estar seguros que lo hace de todo corazón. Yo lo he comprobado. Y, gracias a Dios, siempre me han tratado bien en todas las casas gitanas donde he estado.

Todavía recuerdo, con agrado y agradecimiento, las muchas fiestas familiares a las que he asistido en casas de la calle Nueva, Cantarería o de

la Sangre, en el barrio tan querido de Santiago. Casas en las que llevo entrando hace más de diez años y siempre me he sentido en ellas como en la mía propia; tan a gusto que cuando llegaba el tiempo de marcharse, siempre hacía lo posible por retrasar ese momento.

A la hora de la amistad, nuestros gitanos saben corresponder al que sabe entregar su corazón, de verdad.

¡Como evoco los buenos ratos que he pasado en la humilde vivienda de tantos -y tantos- buenos amigos de la raza gitana! ¡Que gran lección de sencillez la que me han dado siempre, de humildad y de hombría de bien! ¡Qué hermosa confraternidad la de esa berza compartida, o aquel guiso de frijones, o la taza de caldo caliente, después de una juerga que había durado toda la noche, y que apurábamos entre cante y cante por bulerías, con un poquito de son y el grito matutino de los gallos, anunciando el nacimiento de la aurora por las esquinas del alba!

Por eso, mis primeras palabras, esta noche, tienen que ser de agradecimiento a tantísimos amigos buenos, por los ratos tan estupendos que compartieron conmigo, en alegre comunión de buen arte, hablando siempre de cante o escuchando cantar. Y ahí están, en primera linea, los nombres de los Torre, de los Pantoja, de Agustín el Pantera y su hermano Curro, de Antonio el Morao --tan noble y tan buenazo--, de los Pauleras, de los Paula, del Borrico --que cuando abre la boca para cantar, se le sale el corazón hecho pedazos--, de los Pastilla, de los Argudo, de la gente de Caracol, de los Parrilla,-- que no puede hablar, pero que lo dice todo con las manos cuando baila como nadie--, de los Pipoño, -los Zarzana- los Vargas y los Moreno...

(A mí me yaman el Moreno;
de la casta de los Vargas,
salen los gitanos buenos.)

En fin... Me gustaría llamarlos a todos por su nombre. ¡Cuantas cosas sobre ellos, sobre su verdad, he aprendido en la compañía de estos gitanos tan buenos! Para mí, observarlos y escucharlos, ha sido más instructivo que buscar y rebuscar en los archivos los orígenes de su noble alcurnia. Y, digo noble alcurnia, porque entre los gitanos, como entre los

gachés, siempre han existido muy distintas castas. Y, os aseguro, que nuestros queridos paisanos pertenecen a la casta más alta, a la más culta y civilizada.

Mientras es raro el día en que no viene en la Prensa la noticia de alguna reyerta o tragedia entre gitanos extraños y aparece en la crónica de sucesos tal o cual robo con escalo, nuestros gitanos dan el alto ejemplo de una vida tan normal como la nuestra, en buena armonía y en paz.

Digo todo ésto, porque todavía hay quienes temen un poco a los gitanos; quienes hablan mal de los gitanos; quienes tienen un concepto equivocado de los gitanos. Eso es porque no los conocen bien. Os lo certifico.

Yo nunca he tenido un mal tropiezo con gitanos de Jerez. Nunca me han ofendido, ni me han amenazado. Ni los he visto pelearse con navajas, ni sin navajas. Eso no va con los nuestros. Sencillamente, porque ellos son gente de orden, como nosotros, y únicamente aspiran en la vida, a ganarse honradamente el pan de cada día y a divertirse sanamente, cada vez que pueden, con un poco de vino, unas palmas y la alegría contagiosa de unas bulerías interminables, que ellos quisieran poder estar cantando hasta el día de su muerte.

Así son los gitanos de aquí. Gente totalmente de confianza. Eso lo saben muy bien todos los párrocos que, en el transcurso de los siglos, han regentado la feligresía de Santiago; y muchos señores aristócratas de Jerez, en cuyos campos siempre trabajaron los gitanos, desde mucho tiempo antes de que Carlos III dictara las leyes que los protegiera. Que lo digan, si no, los Orbanejas, los O'Neale, los Domecq, los Carrizosa y tantos otros que les confiaron la recogida de semilla, la vendimia o la escarda de sus tierras.

He hablado de los párrocos de Santiago. Ya Vdes. saben lo que hicieron los gitanos, con aquel padre bueno que se llamó don Francisco Corona, el día que se murió, para nochebuena hace tres años, creo. Se peleaban por llevar el ataud sobre sus hombres fatigados por el esfuerzo diario en el campo, en el taller o en la fábrica. Hasta salió en "los papeles".

En mis fichas, guardo yo muchos nombres de sacerdotes santos que cada

dos por tres daban la cara para defender a un gitano de su parroquia, al que las autoridades intentaran prender por cualquier acusación falsa.

Cito como ejemplo los nombres del doctor don Sebastián Matheos, cura de Santiago; don José Gaitán de Cuenca, cura de La Colegial; don el licenciado don Juan Pablo de Moya, cura de San Matheo, y don Francisco Palomino Rendón, cura beneficiado de Santiago. Todos ellos, vivían y ejercían su sacerdocio, en el Jerez de 1784. Fueron grandes protectores de los gitanos.

Como lo fueron en aquella época --por no referirme a otra, ya que esta me sirve como ejemplo-- los señores don Martín Sendín y Rivero, dueño del Cortijo de Crespellina y don Diego Orbaneja, dueño de "La Mariscala"; quienes informaron favorablemente a la Justicia sobre los gitanos que trabajaban en sus campos, a raíz del padrón general ordenado en la Real Pragmática, dictada en la Granja de San Ildefonso por S. M. Carlos III, en la que se daban "nuevas reglas para contener y castigar la vagancia de los que hasta aquí --hasta el 19 de septiembre de 1783-- se han conocido con el nombre de gitanos, o castellanos nuevos. Y consiguiente a lo mandado por Su Señoría el Corregidor de Jerez, en auto de seis de octubre del mismo año, para la investigación de familias de la expresada clase, que existen en esta Ciudad, que con expresión de cada uno de los individuos de que se componen, su estado, naturaleza, vecindad, edad, ocupaciones, calles donde viven y demás concerniente al asunto."

Entre esos informes, quiero citar algunos de los más curiosos, que indican cómo los antepasados de algunas de las familias gitanas más notables de Jerez, gozaban del bien merecido favor de aquellos que los ocupaban en servirles.

En mis fichas, aparecen Matheo de la Cera (los Lahera, de hoy, emparentados con los Vargas), "hombre bien exercido y trabajador en los campos de Xerez". Sobre él informó favorablemente el cura de Santiago y tambien Fcº Copano, capatáz de la hacienda de las Madres de Gracia, quien dijo que el referido Mateo de la Cera había estado empleado en los trabajos de escardar, cegar y demás ejercicios".

Juan de Vargas, casado, del campo, con 4 hijos solteros (2 del campo,

uno zapatero y el más joven, herrero) "y todos ellos bien inclinados, con buenas costumbres, como assí es público y notorio en esta collazión de Santiago."

**Otro gitano, que debía ser más honrado y más bueno que el pan, fué abo**nado, nada menos, que por don Francisco del Rosal; Díaz, el aperador de "Monte Obregón"; Juan Parrado y Francisco de Cala. Trabajaba en el cortijo de don Bartolomé de Angulo. Y había estado, antes, en Roa la Bota, cuando era propiedad de don José Trujillo.

Cristóbal de Reyna, "servía en la esquila de las bestias y recogimiento de semillas, en el cortijo de Crespellina". Luis Monge --ascendiente de aquel otro célebre Luis Monge (Macarra), tan simpático y tan inolvidable en Jerez), tenía "tres hijas de estado honesto, las cuales asisten a su padre y le ayudan en su ejercicio de herrero, y son gente recogida en su casa, ayudándose con el trabajo de sus manos, para su manuntención."

Tambien era público y notorio, y así lo atestiguaba el cura de San Mateo, que en la calle de la Liebre, vivía Juan Monge, que "se ha mantenido, y mantiene con su oficio de herrero". Y el gitano"Tomás de Acosta, se comprometió a trabajar, durante un año, con el maestro espartero Francisco Camúñez, domiciliado en calle Ponce, para que éste le enseñara el oficio". Y hasta hicieron escritura, para hacer más formal la cosa --lo mismo que hoy se hacen los contratos de trabajo--, ante el notario don Juan Guerrero y Espino".

Un tal Marcos Jimenez, estaba avalado por don Nicolás de Chaves, "como Maestro de Obras Públicas que soy de esta Ciudad (así re-za el documento que hemos consultado)", por haber trabajado y trabajar como peón en sus obras, especialmente en las casas que estoy haciendo al Sr. don Francisco de Celis, citas en la plazuela de la Encarnación".

Nuevos informes favorables sobre el gitano Francisco Escalona y Luis Fernandez Valiente, su yerno; los cuales trabajaban en la finca del Marqués de Campo Real que, por si Vdes. no lo saben, casó con una gitana, según es más que archisabido. El Marqués de Campo Real, que dicen que tocaba muy bien la guitarra, así como su hijo, el padre de la actual marquesa, y que

tambien se cantiñeaba lo suyo, certificó que estos dos gitanos trabajaban en su casa para "coger las semillas, las aceitunas, arar, escardar y otras faenas". Y la hija de un Juan Vargas, que ya hemos mencionado, trabajaba con Alberto Pissón, "en mi casa sirviendo", según hemos leido en unos documentos sobre este señor, que vivía en Horno de Imagen Chiquita, una calle que es la misma que hoy conocemos por Horno, en los alrededores de San Marcos.

Y así, podría estarme tres días, leyendoles a Vdes. todos los buenísimos informes que sobre los gitanos jerezanos daban quienes les trataban a diario, les daban trabajo y sabían de sus penas y de sus alegrías.

Vale la pena recordar aquí, ya que hemos citado el padrón general --el primer padrón que hicieron los gitanos-- de 1783, que las primeras familias que aparecen asentadas y trabajando en Jerez, una vez abandonada para siempre la trashumancia, son las que llevan los apellidos siguientes: Vega, Vargas, Monge, Moreno, Peña, Campos, Lacera, Escalona, Reyna, Dorado, Jimenez, Méndez, Valencia, Pineda, Acosta (En el padrón aparece como Dacosta, apellido gitano de origen portugués), Junquera, Ortega, Zarzana, Espinosa, Torres, Cantoral, Flores, Mojeano, Medrano, Ramos, Santiago, Montoya, Morón( un Morón, que vivía hace dos siglos en el arenalejo de Santiago --plaza donde está la iglesia--, era sanluqueño afincado en Jerez y, cuando se hizo el Padrón, estaba en Indias, a donde fué a probar fortuna), Reyes, Barquero, Salguero, Cortés, García, Navarro, Durán, Guzmán, Ortíz, Heredia, Núñez, Ramírez, Fernández, Bermúdez, Clavijo, Cruz, Pineda y Gálvez.

Ni uno más, ni uno menos. Estas fueron las primeras familias que se empadronaron en Jerez, como gitanos de raza. Entre ellas, aparecen algunos castellanos viejos casados con flamencas. Tambien hemos encontrado el caso insólito de una gitana, llamada Teresa Mojeano, que vivía en la calle de la Sangre y que estaba casada con un montañés, de nombre Roque Arenas. A nosotros se nos antoja que este Arenas era un ascendiente directo del famoso Joaquín Arenas, que tenía varias casitas en la calle Nueva y otra frente al Cine Santiago. Creo que fué el único gitano que atesoró dinero. Los que le conocieron, lo saben.

Los oficios más habituales de los gitanos de entonces eran los de herrero, campo, tahonero, carnicero, pescadero... Exactamente igual que ahora. Y sus mujeres se ocupaban en hacer y vender menudos, preparar morcillas de lustre, coger caracoles y venderlos, tratar en ropas y en alhajas, etc.

Y tambien queremos recordar los primeros apodos que usaron algunos gitanos de aquellos que se empadronaron, asentando su familia en nuestra Ciudad: Entre otros, aparecen los apodos de Macarrón, Cabeza de Toro, Pájini, Kilín, Abance, Torollo (Este apodo ha pasado a la historia y todavía se menciona en algunos dichos flamencos. Torollo se llamaba Antonio Vargas y vivía en la calle Ponce, era carnicero y, por lo visto debía ser exageradamente gordo, porque todavía se le dice a los gitanos gordinflones: "Anda que te pareces a Torollo"), el Viandante, Macarronón, Manuelón, Santana, Chachurra, Corrales, Pajino y Currazo.

En total, oficialmente, las primeras familias de gitanos que vivieron en Jerez, alcanzaban el número de ciento cuarenta y dos. Y no solo vivían en calles del Barrio de Santiago, sino en otras -tan céntricas- como la calle Honda, que se llamó "de los Caldereros", por las muchas fraguas que en ella existieron. Todavía viven gitanos en esa calle, corredores de alhajas, por más señas, muy honorables y respetados.

Tambien vivían gitanos en la calle Larga. En la Lancería, vive todavía una Agarrado, emparentada con la familia de Manuel Torre. Y en la calle Fontana. Allí vivían los Clavijo, gitanos ricos, que tenían la mejor fragua de Jerez. (Entre paréntesis, yo me pregunto, si los Clavijo, mis queridos amigos de la Porvera y plaza Mirabal, grandes artistas del hierro, no descenderán de esta antigua familia gitana, aún cuando ya ellos apenas si conserven unas gotas de esta sangre, en sus venas).

Gitanos hubo en la calle Santa María, y en la Corredera y en la calle Arcos y en otras muchas del centro. La calle Flores, que está por Domecq, se llamó tambien de los Caldereros, y hoy todavía existe la calle Caldereros en el barrio de San Pedro. En las dos hubo fraguas gitanas.

¿Y saben Vdes. que la calle Gomez Carrillo se llamó en tiempos Calle de los Gitanos? Pues sí, toda ella estaba habitada por gente de fragua, de yunque y martillo. Hoy creo que sólo queda una familia de esta raza.